

cuelga el vellocino real.
Sus ríos caudales van a dar al sueño
persistente de lo fugaz;
allí, junto al bajel desmantelado,
salta el pez de la ambigüedad.
Solo en el mapa del delirio abierto
este país tiene lugar.
Ítaca, Arcadia, Aleph, Utopos
Thule... ¿cuál es su identidad?
Ni los mustios andamios de Bizancio,
ni los cafés de Montparnasse,
ni el colgante aroma de Babilonia,
ni un cementerio junto al mar
tienen la gracia inacabable
de este país por inventar.

PALABRAS SON PALABRAS

A María Vaquero

Un poema es una plaza blanca poblada de palomas.
Una plaza cualquiera, con tal de que haya gente
que les dé de comer. ¿Recuerdas las sílabas antiguas
sobrevolando el aire de Zocodover? ¿O aquellas
que en la Mayor de Salamanca al frío
corrían a guardarse bajo los soportales?
¿Recuerdas las torcaces de Asturias
y las que en Cuba el viento echó de vuelta al viento?
¿Y el dorado cantón de San Millán
que abrigó los sonidos cuando apenas
si cañones tenían en las alas?
¿Las plazas de la Isla, las recuerdas,
una plaza ella misma sobre el inquieto mar
de las pronunciaciones? ¿Y el mar muerto del Zócalo

con millones de voces envueltas en sarapes de *smog*?
Así son las ubicuas picoterías.
En San José comieron de tus manos
en el patio vetusto de un hotel; en Managua
se asaron en sus jugos de pobreza; en la Plaza de Mayo,
fricativas, volaron de las bocas de las Madres
rumbo a los mármoles de La Recoleta.
Y en Asunción, con otras también dulces,
se juntaron volando con las tuyas.
Palabras son palabras, afirmaste,
pero ellas te contaron de sus marinerías
hasta colmar el yodo de tu copa
y dejaron oscuro en tu despacho
el enigma perpetuo del zureo.
A por ellas te fuiste en los aviones,
en lanchas, en tartanas, en camiones
repletos de verduras hasta el mar otra vez.
Hoy son ellas que vienen a tu nombre
como al lugar de las conversaciones.
Helas aquí en bandadas, las mansas, las ariscas,
las prohibidas, las nuevas y las viejas, las sabias,
las eméritas palabras: plazuela, placita, placeta,
placentuela, pleamar, plaza, poesía,
que las contiene a todas, y tú al centro,
echándoles maíz, panizo, mijo,
zara, capi, abatí, canguil, zahína,
echándoles al viento las doradas
semillas del idioma.

SÍNSORAS

Cuando muera, iré a la calle de la Cruz.
Bastará este deseo de viandante
y la eficacia del atardecer.